

EDUCAR EN LA FE

Una de las principales tareas de los padres se resume en la educación de la prole. *Yo no ceso de exhortaros, rogándoos que eduquéis bien a vuestros hijos.* predicaba San Juan Crisóstomo. *Si tienes cariño a tu hijo, aquí lo debes mostrar*¹. En el caso de una familia cristiana, esa obligación adquiere un relieve particular, porque *los esposos cristianos, por el bautismo y la confirmación, y por la fuerza sacramental del matrimonio, tienen que transmitir la fe y llevar a la sociedad los valores que la transformen de acuerdo con el plan de Dios. Convencidos de que Cristo está presente en el hogar, deben ser los más aptos evangelizadores de sus hijos*².

Nada es superfluo en el cumplimiento de este importantísimo encargo, que los padres han recibido de Dios mismo, pues *el gobierno equilibrado de la familia ejerce un influjo extraordinario en la formación espiritual de los hijos*³. Las nuevas generaciones de cristianos dependen en gran medida de la fidelidad con que los padres cristianos cumplan su misión. Es una gran responsabilidad, porque los padres son *los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos*⁴, y para eso han recibido la gracia específica del Sacramento del Matrimonio. Su misión no se limita a engendrar los hijos a la vida cor-

¹ San Juan Crisóstomo, *De inani gloria* 18.

² Juan Pablo II, Homilía para las familias en Cali, 4-VII-1986.

³ Pío XII, Litt. enc. *Summi pontificatus*, 20-X-1939, n. 64.

⁴ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 39.

poral. Como predicó incansablemente nuestro Fundador, en sus charlas a los esposos cristianos, *no habéis traído a vuestros hijos al mundo, como traen los animales a los suyos. Vosotros —decía— sabéis que tienen alma, y que hay una vida más allá de la muerte —una vida de felicidad eterna o de condenación eterna—, y deseáis que vuestros hijos sean felices aquí y allá. ¡Dios os bendiga!* ⁵.

Primero, el ejemplo

Los cristianos no nacen, se hacen ⁶, afirmaba San Jerónimo. Ese hacerse cristianos se realiza, después del Bautismo, en primer lugar mediante el ejemplo de sus progenitores. *El ministerio de evangelización de los padres cristianos es original e insustituible, y asume las características típicas de la vida familiar, hecha (...) de amor, sencillez, concreción y testimonio cotidiano* ⁷.

Nuestro Fundador recordaba que *todos llevamos en nuestra sangre el tesoro fisiológico, psíquico y espiritual que nos han transmitido nuestros padres. Yo, por ejemplo, muchas veces me doy cuenta de que hago los mismos gestos de mi padre. En otras ocasiones, son los hijos míos que conocieron a mi madre los que me dicen: ¡eso es de la Abuela!...*

No olvidéis que hay una especial Comunión de los Santos entre los miembros de una misma familia. Si sois muy santos, vuestros hijos tendrán más facilidad para serlo ⁸. E insistía: *tenéis que defender la fe de vuestros hijos de dos maneras: primero, con vuestra conducta cristiana, con vuestro ejemplo. Y después, con la doctrina (...). Sin dar la lata a vuestros hijos, les iréis formando en la buena doctrina. Así salvaréis su fe* ⁹.

La enseñanza más eficaz, la que debe ir siempre por delante, es la del ejemplo. El resultado mismo del aprendizaje depende en gran manera de que quien lo transmite muestre con su vida la verdad de

⁵ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 793.

⁶ San Jerónimo, *Epistola ad Laetam* 107, 2.

⁷ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 53.

⁸ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 801.

⁹ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 793.

lo que enseña. *Si les dais el ejemplo de vuestra frecuencia de sacramentos y de vuestra piedad mariana —clamaba nuestro Fundador—, vuestros hijos marcharán por el buen camino (...). Si os ven piadosos y rectos, si ven que no reñís, si ven que tenéis un amor grande a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra; si ven que lucháis contra vuestros defectos y que procuráis ser buenos cristianos, ellos comenzarán a admiraros. Con eso, ya los estáis formando*¹⁰.

Enseñar a rezar

Junto al ejemplo de una vida reciamente cristiana, los padres han de enseñar a sus hijos modos prácticos de tratar a Dios. Esta educación en la piedad es importantísima en los años de la infancia, cuando los niños comienzan a balbucear las primeras palabras.

De gran ayuda se demuestran las oraciones vocales que la piedad cristiana ha sabido transmitir siempre de padres a hijos. Son fórmulas sencillas y breves, claramente comprensibles por los niños, capaces de poner en sus corazones el primer germen de una auténtica piedad: jaculatorias al Corazón Sacratísimo de Jesús y al Corazón Dulcísimo de María, palabras de cariño a Jesús, María y José, invocaciones al Ángel de la guarda..., son aspectos de la vida de piedad que los hijos deben aprender de labios de sus padres.

Nunca faltan ocasiones para inculcar en la alma de los niños —con naturalidad, sin forzarles— estas primeras plegarias. Por ejemplo, al irse a la cama por la noche o al levantarse por la mañana. *Que vuestros hijos —decía nuestro Padre— no se vayan a dormir como perritos. Me gusta decirlo así, porque resulta muy claro y puedo hacerme entender. Los perritos se tienden en un rincón, y ya está. Vuestros hijos, no: tienen que persignarse antes de irse a la cama, y decir unas palabras a la Santísima Virgen y a Dios Nuestro Señor, aun cuando el alma no esté limpia del todo*¹¹.

Este deber recae de igual manera sobre los padres y las madres de familia. Sobre todo los padres de familia han de comprender que

¹⁰ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 801.

¹¹ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 801-802.

enseñar las primeras oraciones a los hijos es también responsabilidad suya, no sólo de sus esposas; uno y otro han de contribuir a asentar la piedad en las almas de sus hijos. *Todavía rezo en voz alta por la noche, mientras me quito la ropa, las mismas oraciones que me enseñó mi madre*, decía nuestro Fundador en cierta ocasión. Y añadía: *eso viene muy bien. La piedad que dejáis (...) en vuestros hijos es como una semilla en tierra fecunda. Pasan los años, se llega a tener mi edad (...) y continúa dando flores y frutos* ¹².

Un cuidado han de tener los padres en esos momentos: no cansar a los niños. *No les atosiguéis con muchas oraciones, cuando son todavía pequeñines. Enseñadles pocas, pero haciéndoles entender lo que dicen* ¹³, era siempre el consejo de nuestro Padre, que también animaba a enseñar a los niños —a medida que van creciendo— a saludar con un beso a las imágenes del Señor o de la Virgen, a bendecir y dar gracias por las comidas, a acudir al Ángel Custodio al entrar o salir de casa..

La oración en familia

Cuando el padre y la madre lo vean oportuno, invitarán a sus hijos a unirse con ellos en alguna oración más larga. En un ambiente donde las costumbres de piedad cristiana se viven con naturalidad, sin engolamiento, esa invitación a rezar en familia deberá parecer a los hijos como un síntoma de que se reconoce su madurez.

La plegaria familiar —escribe Juan Pablo II— *tiene unas características propias. Es una oración "hecha en común", marido y mujer juntos, padres e hijos juntos (...). A los miembros de la familia cristiana pueden aplicarse de modo particular las palabras con las cuales el Señor Jesús promete su presencia: "En verdad os digo que si dos de vosotros convinieréis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos"* (Matth. XVIII, 19 ss.).

Esta plegaria tiene como contenido original "la misma vida de

¹² De nuestro Padre, Tertulia, 4-VI-1974.

¹³ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 802.

familia" (...): alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos y regresos, elecciones importantes y decisivas, muerte de personas queridas, etc., señalan la intervención del amor de Dios en la historia de la familia, como deben también señalar el momento favorable de acción de gracias, de imploración, de abandono confiado de la familia, al Padre común que está en los cielos. Además, la dignidad y responsabilidades de la familia cristiana en cuanto Iglesia doméstica solamente pueden ser vividas con la ayuda incesante de Dios, que será concedida sin falta a cuantos la pidan con humildad y confianza en la oración ¹⁴.

Los miembros de la familia se unen con más fuerza mediante la oración en común. Aprenden que la primera y mejor ayuda a los padres y a los hermanos consiste en rezar por ellos. Incorporan a su existencia un sentido sobrenatural que les facilita la comprensión de lo que sucede a su alrededor o en sus propias vidas. Saben así que nada es ajeno a los planes del Señor y que en cada circunstancia han de ver la mano amorosa de Dios Padre, especialmente cuando acaezcan sucesos que, con mera visión humana, serían incomprendibles. Así, la enfermedad o la muerte de una persona querida, el nacimiento de un hermano minusválido, o cualquier otra prueba que Dios pueda permitir, adquieren un relieve de eternidad que no conduce al desaliento sino a confiar más en el Señor y a abandonar todo en sus manos.

La plegaria familiar por excelencia es el Santo Rosario. *La familia cristiana —ha dicho Juan Pablo II— se encuentra y consolida su identidad en la oración. Esforzaos por hallar cada día un tiempo para dedicarlo juntos a hablar con el Señor y a escuchar su voz. ¡Qué hermoso resulta que en una familia se rece, al atardecer, aunque sea una sola parte del Rosario!*

Una familia que reza unida, se mantiene unida; una familia que ora, es una familia que se salva.

¡Actuad de manera que vuestras casas sean lugares de fe cristiana y de virtud, mediante la oración rezada por todos juntos! ¹⁵.

¹⁴ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 59.

¹⁵ Juan Pablo II, Discurso a las familias, 24-III-1984.

Nuestro Fundador aconsejaba lo mismo a los padres y madres de familia. *Recomiendo siempre que recéis el Santo Rosario en familia, y más ahora, cuando hay un ataque feroz, diabólico, contra esta maravillosa devoción mariana. Pero sin obligar a los hijos (...). Repito que se enseña más con el ejemplo que con la palabra. Que vean que tú practicas esa devoción, y que lo rezas piadosamente, sin rutina.*

Si dejan de acudir un día, hacéis la vista gorda y no decís nada. Si se repite, será mamá, cariñosamente, a la vuelta de tres o cuatro días, quien le dirá: oye, haz este pequeño sacrificio. Además, verás cómo no es tanto sacrificio, esto de reunirnos la familia entera saludando a la Virgen, para que nos bendiga y nos ayude. No impongáis nunca un rezo que suponga violentar la voluntad de vuestros hijos, cuando ya son mayorcitos. Quizá, si no lo rezan al principio, al cabo de dos meses lo harán, e irán ellos solos con mucho gusto (...).

No les hagáis rezar el Rosario a los tres años; enseñadles sólo aquellas oraciones benditas que hay en nuestra tierra, y que también repetimos los mayores. Así, poco a poco, irán siendo piadosos. Y cuando ya lo recen con toda la familia, no añadáis al final muchas avemarías. Rezadlas vosotros solos y luego, al oído de cada uno, decidle: mira, sería bueno que pidieras por esta intención... El, por su cuenta, rezará. ¡Tened picardía! ¹⁶.

La oración en familia constituye un tesoro muy grande, un gran bien para la Iglesia y para la sociedad civil. Por eso nuestro Fundador animaba a los padres a hacer todo lo posible por transmitir a sus hijos esta costumbre, aunque en muchos sitios el ambiente no sea favorable y aunque, a veces, los hijos no parezcan receptivos. *Que no se pierdan esas tradiciones maravillosas del rezo en familia —decía—, pero sin obligarles. Que os vean conservarlas con cariño, que sepan a qué hora se reza el Rosario, y acabarán uniéndose a vosotros. ¡Pero sin forzarlos! Si se ponen a tiro —y se pondrán, si haces lo posible por ser amigo suyo—, les dices, a solas: mira, esa costumbre que tenemos es una cosa de siglos, y se debe continuar porque agrada mucho a Nuestra Señora, porque es grata a Dios, y así El*

¹⁶ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 803-804.

nos bendice. Pero hazlo cuando tú quieras, con toda libertad. Y ellos volverán ¹⁷.

Con sentido sobrenatural y sentido común

Hacer buenos cristianos a los hijos no significa en absoluto transformar el hogar en un convento: esto sería un desorden, que atentaría contra la naturaleza de la familia y desvirtuaría su finalidad humana y sobrenatural, produciendo amargos frutos de rebeldía. Los niños tienen que comportarse como lo que son, sin prácticas ascéticas o de devoción impropias de su edad. Una cosa es educarlos cristianamente, piadosos, y otra muy distinta es convertirlos en chicos raros, con modos y costumbres extraños. El ambiente familiar tiene que ser normal, porque la vida sobrenatural, en la educación de los hijos y en todo lo demás, no destruye lo que es natural en el hogar, como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone, la ayuda y la perfecciona.

Actualmente, debido a muchas causas, puede resultar más difícil —aun en familias formadas por padres verdaderamente cristianos— esta educación de los hijos en la fe y en la piedad. Si a pesar del esfuerzo por dar buen ejemplo y por enseñar a los hijos, éstos no siguiesen una senda de vida cristiana, los padres han de rezar aún más por ellos. No tendría ninguna eficacia, sin embargo, forzarles a cumplir unas prácticas de piedad que no viven de buena gana. *Tenéis que enseñarles, eso sí, cuáles son sus obligaciones: confesar una vez al año; y si se está en pecado mortal, cuanto antes mejor. Además, oír la Santa Misa los días de precepto...*

No les obliguéis a nada, pero que os vean rezar: es lo que yo he visto hacer a mis padres, y se me ha quedado en el corazón. De modo que cuando tus hijos lleguen a mi edad, se acordarán con cariño de su madre y de su padre, que les obligaron sólo con el ejemplo, con la sonrisa, y dándoles la doctrina cuando era conveniente, sin darles la lata ¹⁸.

¹⁷ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 804.

¹⁸ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 804.

No ha de desfallecer nunca la confianza en la eficacia de la oración y de la enseñanza de la doctrina. Con fe firme en Dios, los padres cristianos han de continuar su misión aunque parezca que su tarea es estéril. Ese esfuerzo por educar cristianamente a los hijos no debe caer, incluso cuando éstos *contestan o incluso rechazan la fe cristiana recibida en los primeros años de su vida. Y así como en la Iglesia no se puede separar la obra de evangelización del sufrimiento del apóstol, así también en la familia cristiana los padres deben afrontar con valentía y gran serenidad de espíritu las dificultades que halla a veces en los mismos hijos su ministerio de evangelización* ¹⁹.

Una responsabilidad indeclinable

Si alguno no cuida de los suyos y principalmente de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel ²⁰: así escribe San Pablo, para recordar que los padres y madres de familia han de vivir esa preocupación primordial por la fe de sus hijos. Nunca los padres pueden declinar su responsabilidad en otras personas.

Ya el Concilio Vaticano II llama a la familia cristiana una *Iglesia doméstica* ²¹, pues en su seno se imparten habitualmente las primeras enseñanzas sobre la fe, tan importantes para el desarrollo posterior de la vida cristiana en las almas. Más aún, *en los lugares donde una legislación antirreligiosa pretende incluso impedir la educación en la fe, o donde ha cundido la incredulidad o ha penetrado el secularismo hasta el punto de resultar prácticamente imposible una verdadera creencia religiosa, la Iglesia doméstica es el único ámbito donde los niños y los jóvenes pueden recibir una auténtica catequesis* ²².

En nuestros días es más urgente, si cabe, el buen hacer de los padres cristianos. No pueden confiarse, han de vigilar con atención la formación que sus hijos reciben sobre la fe y la moral, incluso en ámbitos donde se debería esperar una doctrina adecuada.

Con palabras fuertes, el Papa Pío XI recordaba a los padres de

¹⁹ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 53.

²⁰ I *Tim* V, 8.

²¹ Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

²² Juan Pablo II, Exhort. apost. *Catechesi tradendae*, 16-X-1979, n. 68.

familia que *ningún poder terreno puede eximirlos del vínculo de responsabilidad, impuesto por Dios, que os une con vuestros hijos. Ninguno de los que hoy oprimen vuestro derecho a la educación y pretenden sustituirlos en vuestros deberes de educadores podrá responder por vosotros al Juez eterno cuando le dirija la pregunta: ¿dónde están los que yo te di? Que cada uno de vosotros pueda responder: "No he perdido a ninguno de los que me diste"* (Ioann. XVIII, 9) ²³. Y el Padre ha animado a sus hijos casados: *no olvidéis, hijas e hijos míos Supernumerarios, que vuestro apostolado más importante consiste en hacer de vuestra propia casa un trasunto de la Casa de Nazaret: que vuestras familias constituyan verdaderamente esa Iglesia doméstica de la que tanto habló nuestro Padre, y que el Magisterio de la Iglesia pone como fundamento de todo el orden social. A vosotros os corresponde —con el aliento del espíritu de la Obra y con vuestro esfuerzo personal— reforzar las bases para una nueva implantación del espíritu cristiano en la sociedad* ²⁴.

Viviendo así, la familia cristiana será buen reflejo de la casa de Nazaret, en la que Jesús, María y José convivieron durante tantos años. Con la gracia de Dios y la responsabilidad de los padres, la Iglesia se seguirá difundiendo por medio de los hogares cristianos. Entre sus muros revivirá el espíritu de los primeros cristianos, que constituyen el mejor modelo para los hogares de hoy y de siempre: *familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje evangélico. Hogares iguales a los otros hogares de aquellos tiempos, pero animados de un espíritu nuevo, que contagiaba a quienes los conocían y los trataban. Eso fueron los primeros cristianos —escribe nuestro Padre—, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído* ²⁵.

²³ Pío XI, Litt. enc. *Mit brennender sorge*, 14-III-1937, n. 48.

²⁴ Del Padre, *Cartas de familia (I)*, n. 207.

²⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 30.